

ejércitos franceses, á una renta de tres millones anuales y á un establecimiento en Francia, equivalente á sus posesiones y al rango que ocupaba en el imperio. La carta que contenía estos compromisos estaba firmada por el ministro de la Guerra y por el mismo Luis XVI.

Mr. de Custine salió para Brunswick en el mes de Enero. En cuanto llegó, hizo entregar la carta al duque, pero transcurrieron cuatro días ántes que pudiese verle; al quinto fué admitido por fin en audiencia particular. El duque expresó entónces á Mr. de Custine con militar franqueza el orgullo y el reconocimiento que le inspiraba el concepto que de él se tenía en Francia. «Sin embargo,—añadió,—mi sangre es de Alemania y mi fe de Prusia. Mi ambicion está satisfecha con ser la segunda persona de esta monarquía que me ha adoptado. Yo no cambiaré una gloria aventurada en el teatro inconstante de las revoluciones por la alta y sólida posición que mi nacimiento, mi deber y alguna gloria adquirida me dan en mi país.» Al terminarse esta conversacion, viendo Mr. de Custine la inflexibilidad del príncipe, manifestó su *ultimatum* é hizo brillar á los ojos del duque la eventualidad de apoderarse de la corona de Francia si ésta llegaba á caer de la frente de Luis XVI y era recogida por las manos de un general victorioso. Esto pareció deslumbrar á Brunswick, que despachó á Mr. de Custine sin quitarle enteramente la esperanza de acceder á lo que se solicitaba. El negociador partió de nuevo triunfante. Sin embargo, el duque, poco tiempo despues, ya sea por doblez, ya por arrepentimiento ó prudencia, respondió dando una negativa formal á aquellas dos proposiciones. Esta respuesta la dirigió el duque directamente á Luis XVI, y no á su ministro, y aquel infortunado rey conoció así la última palabra del partido constitucional, y cuán vacilante estaba ya en su cabeza una corona que se ofrecía en perspectiva á la ambicion de un enemigo.

LIBRO SEXTO.

Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigracion, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducos pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su Consejo.—Carta de Andres Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los Fuldenses.—Lafayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de Paris, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular.

I

Tales eran las disposiciones recíprocamente amenazadoras de Francia y de Europa en el momento en que la Asamblea constituyente, despues de haber proclamado los nuevos principios, dejaba á otros el encargo de defenderlos y aplicarlos, á manera del legislador que se retira á descansar á su hogar para contemplar desde allí el modo con que se ejecutan las leyes confeccionadas por él. El gran pensamiento de Francia abdicaba, por decirlo así, con la Asamblea constituyente. El gobierno pasaba de unas manos hábiles á otras inexpertas ó apasionadas por un nuevo pueblo. Desde el 29 de Setiembre al 1.º de Octubre hubo una especie de cambio de reinado, y la Asamblea legislativa se halló aquel día frente á frente de un rey sin autoridad y por encima de un pueblo sin moderacion. Desde la session preparatoria se conoció ya la oscilacion desordenada de un poder sin tradicion y sin contrapeso que busca su aplomo en su propia sabiduría, y que, fluctuante entre el insulto y el arrepentimiento, se hiera á sí mismo con el arma que han colocado en sus manos.

Una inmensa multitud habia acudido á estas primeras sesiones. El aspecto exterior de la Asamblea habia cambiado completamente; todas las canas que ántes la honraban habian desaparecido, y cualquiera hubiese dicho que Francia se habia rejuvenecido en una sola noche. La expresion de las fisonomías, los rasgos, los ademanes, los trajes y la actitud de los miembros de la Asamblea no eran ya los mismos. Aquella altivez de la nobleza francesa tan marcada en sus miradas como en sus maneras, aquella dignidad del clero y de la magistratura y aquella gravedad austera de los primeros diputados del estado llano habian sido reemplazadas de repente por los representantes de un pueblo nuevo, cuya confusion y turbulencia anunciaban en ellas la invasion del poder, más bien que el hábito y la posesion de gobernar. Habia, sobre todo, gran porcion de diputados jóvenes; de modo que

cuando el presidente de edad trató de formar la Mesa provisional, halló que había sesenta diputados que aún no habían cumplido veintiseis años, los cuales se agruparon en derredor de la tribuna, disputándose el cargo de secretarios de la Asamblea. La poca edad de la mayor parte de los representantes de la nación inquietó á unos y regocijó á otros. Si por una parte unos representantes tan jóvenes no ofrecían aquella madurez y aquella autoridad que dan el tiempo y la experiencia, y que tan buscadas eran por los legisladores de los tiempos antiguos para los que habían de tomar parte en los consejos de los pueblos, había por otro lado en aquel renacimiento repentino de la representación nacional una especie de síntoma del renacimiento completo de las instituciones. Conociase que aquella nueva generación había roto con todas las tradiciones y con todas las preocupaciones del antiguo orden de cosas, su misma edad era una garantía contraria á la que se exige en los pueblos sólidamente establecidos, en los que se requiere en los legisladores cierta edad y cierta experiencia que son una garantía de su vida pasada. A éstos se les pedían garantías para el porvenir, su misma inexperiencia era un mérito, y su juventud el mejor juramento que podían prestar. En tiempos pacíficos se necesitan hombres ya maduros para gobernar; en épocas de revolución no se quiere sino jóvenes.

Apénas estaba constituida la Asamblea, cuando el doble espíritu que iba á disputarse sus actos, es decir, el monárquico y el republicano, se entregaron bajo un pretexto frívolo á una lucha pueril en la apariencia, sería en el fondo, y en la que alternativamente fueron vencidos y vencedores los unos y los otros en dos días consecutivos. La diputación que había ido á anunciar al rey que la Asamblea se hallaba constituida, dió cuenta de su misión por conducto del diputado Ducastel, presidente de aquella comisión. «Hemos vacilado—dijo—con respecto á las formas del lenguaje que debíamos usar para hablar al rey, porque hemos temido herir la dignidad nacional ó la de S. M. Así es que hemos convenido en decirle: «Señor, la Asamblea se halla constituida, y nos ha comisionado para que informemos de ello á V. M.» Con este intento nos hemos dirigido á las Tullerías, y allí nos ha dicho el ministro de Justicia que el rey no podía recibirnos hasta la una de la tarde. Nosotros hemos pensado que la salvación de la causa pública exigía que fuésemos admitidos inmediatamente, por lo cual hemos insistido sobre el particular. El rey nos ha hecho decir entónces que nos recibiría á las nueve. Cuatro pasos ántes de llegar al rey, le he saludado y he dicho las palabras que habíamos convenido. Entónces el rey me ha preguntado cómo se llamaban mis colegas, y yo le he dicho que no lo sabía. Ibamos ya á retirarnos, cuando S. M. nos ha detenido diciéndonos: «No podré veros hasta el viénes.»

Una agitación sorda que reinaba en los bancos de la Asamblea estalló de repente al oír estas últimas palabras. «Pido—dijo un diputado—que no vuelva á darse al rey el título de majestad.» «Pido—dijo otro—que se suprima ese título de señor, con el cual se reconoce la soberanía de aquel á quien se le da.» «Pido—dijo Becquet—que no seamos como autómatas, que estemos sentados ó de pié cuando le dé al rey la gana de estar de pié ó de sentarse.» Couthon habló por primera vez, y empezó su discurso por una amenaza á la dignidad real. «Aquí no hay ya otra majestad—dijo—que la de la ley y la del pueblo; no dejemos otro título al rey que el de rey de los franceses. ¡Mandad que se saque de ahí ese sillón escandaloso, ese

asiento dorado que se le puso la última vez que compareció en esta sala; que se tenga por honrado con sentarse en el simple sillón del presidente de un gran pueblo, y que todo el ceremonial entre él y nosotros respire la más completa igualdad; mantengámonos de pié y descubiertos cuando él esté descubierto y en pié, pero permanezcamos sentados y cubiertos cuando él se siente y se cubra.» «El pueblo—dijo Chabot—os ha enviado aquí para que hagais que se respete su dignidad. ¿Permitireis que el rey os diga: «Vendré á las tres?» ¡Vosotros podeis levantar la sesión cuando querais sin aguardarle!»

Decretóse entónces que cada uno podía sentarse y cubrirse delante del rey si le acomodaba hacerlo. «Este artículo—observó Garran de Coulon—puede producir una especie de confusión en la Asamblea. Dejando á todos la libertad de obrar como quieran, se da motivo para que unos manifiesten á las claras su altivez, al paso que otros darán muestras de una especie de idolatría hácia la persona del rey.» «Tanto mejor,—dijo una voz;—si hay aduladores, es preciso conocerlos.» También se decretó que no habría más que una mesa, y en ella dos sillones iguales, colocados en una misma línea, uno para el presidente y otro para el rey, y finalmente, que no se le daría á éste otro título que el de rey de los franceses.

Estos decretos humillaron al rey, consternaron á los constitucionales y agitaron al pueblo. Se había esperado poder restablecer la armonía entre los poderes, y ésta se veía rota desde el primer día. La Constitución empezaba por tropezar al dar el primer paso, y esta caducidad de sus títulos parecía un abatimiento mayor para la autoridad real que la caducidad de su poder absoluto. «¿No hemos conservado un rey—decían algunos—sino para entregarle á los ultrajes y á la irrisión de los representantes del pueblo? Una nación que no se respeta á sí misma en su jefe hereditario, ¿irá á respetarse en unos representantes que ha elegido ella misma? ¿Semejantes ultrajes son á propósito para que el trono acepte gustoso la libertad? ¿Se logrará que el rey quiera de corazón la Constitución, y que concurra lealmente á sostener los derechos del pueblo y á salvar á la nación, cuando se empieza por sembrar en su corazón unos resentimientos de esta naturaleza? Si el poder ejecutivo es una realidad necesaria, preciso es respetarle en la persona del rey. Si no es más que una sombra, también debe honrarsele en la misma.» Reunióse el Consejo de ministros, y el rey declaró con amargura que no se creía condenado por la Constitución á ir á entregar en su persona la majestad real á los ultrajes de la Asamblea, por lo cual haría abrir el Cuerpo legislativo por los ministros.

II

Esparcida esta noticia por París, produjo una reacción súbita en favor del rey. La Asamblea, vacilante todavía, la sintió de rechazo y conoció que se le iba la popularidad que había tratado de buscar, por lo cual cedió. «¿Qué ha resultado del decreto de ayer?—dijo el diputado Vosgien al abrirse la sesión del 6 de Octubre.—Una nueva esperanza para los enemigos del bien público, la agitación del pueblo, la baja de los fondos y una inquietud general. Volvamos al representante hereditario del pueblo lo que le pertenece en nuestro respeto, y no le hagamos creer que va á ser el juguete de cada nueva legislatura que se abra. Ya es tiempo de que echemos el áncora de la Constitución.»

Vergniaud, orador todavía desconocido del partido de la Gironda, descubrió desde sus primeras palabras aquel carácter audaz é indeciso que fué el tipo constante de su política. Su palabra fluctuaba como su alma, y empezando por hablar en pro de un partido, concluyó hablando en favor del otro. «Parece que estamos de acuerdo—dijo—en que si el decreto es de reglamento interior, puede ejecutarse inmediatamente. Ahora, para mí es evidente que sólo es de reglamento interior, puesto que no hay ninguna relacion de autoridad entre el Cuerpo legislativo y el rey. No se trata, pues, sino de unas simples consideraciones que se reclaman en favor de la dignidad real. Yo no sé por qué hay quien desee que se restablezcan esos títulos de *señor* y de *majestad*, que nos recuerdan los tiempos feudales. El rey debe honrarse con el nombre de rey de los franceses. Yo pregunto ahora si el rey os ha pedido un decreto para arreglar el ceremonial de su casa cuando recibe en ella á vuestras diputaciones. Sin embargo, si os he decir francamente mi parecer, yo pienso que si el rey, por consideracion á la Asamblea, se mantiene en pié y descubierto, la Asamblea debe hacer lo mismo por consideracion al rey.»

Herauld de Sechelles pidió que se revocase el decreto. Champion, diputado del Jura, echó en cara á sus colegas que empleasen tan mal el tiempo desde las primeras sesiones, ocupándose en unos debates tan pueriles. «No temo—dijo—la idolatría del pueblo por un sillón dorado, pero sí temo una lucha entre dos poderes. Vosotros no queréis que vuelvan á usarse los títulos de *señor* y de *majestad*, y hasta pretendéis que no se den aplausos al rey, como si fuese posible prohibir al pueblo que le manifieste su reconocimiento siempre que el rey lo haya merecido. No nos deshonremos, señores, por una ingratitud culpable hácia la Asamblea nacional, que ha conservado al rey aquellas señales de respeto. Los fundadores de la libertad no han sido unos esclavos. Antes de fijar las prerogativas de la dignidad real han establecido los derechos del pueblo. La nacion es la que se honra en la persona de su representante hereditario, y ella es la que, despues de haber creado la dignidad real, la ha revestido de un brillo que remonta hasta su origen y que resalta de lleno sobre ella.»

Ducastel, presidente de la comision enviada al rey, habló en el mismo sentido; pero habiéndose servido por inadvertencia de la palabra *soberano* al hablar del rey, y habiendo añadido que el poder legislativo residia en éste y en la Asamblea, esta blasfemia política produjo una terrible borrasca en el salón. Toda palabra mal sonante parecia una intencion contrarrevolucionaria, porque estaba aún tan inmediato el régimen abolido, que se temia volver á él á cada paso. El pueblo era un liberto de ayer que se sobresaltaba al ruido más insignificante de las cadenas. Sin embargo, el decreto que heria la majestad real fué revocado. Esta retractacion fué acogida con alegría por los realistas y por la guardia nacional. Los constitucionales vieron en ella un vaticinio de una nueva armonía entre los poderes del Estado, y el rey el triunfo de una fidelidad mal extinguida, pero que cualquiera tentativa de ultraje contra su persona avivaba de nuevo en los corazones.

Todos se engañaban. Esto no era más que un movimiento de generosidad que habia reemplazado á otro de aspereza. Era, en fin, la indecision de un pueblo que no se atrevió á destruir de golpe lo que ha adorado por mucho tiempo.

Entre tanto los realistas abusaban en sus periódicos de esta tendencia á la moderacion. «La revolucion es cobarde,—decian,—porque conoce su debilidad, y

este sentimiento es ya para ella una derrota anticipada. ¡Ved los dos mentís que se ha dado á sí misma en dos dias consecutivos! Cualquiera autoridad que empieza á ablandarse está perdida, á ménos que tenga el arte de saber disfrazar su retirada, de retroceder á paso lento é insensible y de hacer que se olviden sus leyes ántes que retractarlas. La obediencia no conoce sino dos resortes: el respeto y el temor. Los dos se han roto á la vez con esa retrogradacion brusca y violenta de la



Legendre, carnicero de Paris, en la barra de la Asamblea.—Pág. 199.

Asamblea. ¿Puede respetarse ó temerse á un poder que se dobla ante el espanto producido por su misma audacia? La Asamblea ha abdicado en el solo hecho de no haber llevado á cabo lo que habia osado intentar. Toda revolucion que no adelanta retrocede, y el rey ha quedado vencedor sin haber combatido.»

El partido revolucionario, reunido por la noche en los Jacobinos, lamentaba su derrota y acusaba y acriminaba á todo el mundo. «¡Ved—decian sus oradores—lo que se ha minado en sola una noche! ¡Ved la victoria producida por la corrupcion y por el miedo! Se ha visto á los miembros de la antigua Asamblea que, mezclados con los nuevos diputados, han ido soplándoles al oido todas esas condescendencias que les deshonran. Repartidos por la noche despues de la sesion entre los grupos que se habian formado delante del Palacio Real, han sembrado en ellos

la alarma. Han hablado de la posibilidad de que el rey vuelva á fugarse, han vaticinado la turbacion y la anarquía, y han hecho temer á ese pueblo de Paris, que prefiere su bienestar particular á las libertades públicas, que ha desaparecido la confianza, que los fondos públicos han bajado y continuarán bajando considerablemente, y que el numerario será cada dia más escaso. ¿Ha resistido jamás esa raza venal á semejantes argumentos?»

El espíritu de Paris se manifestaba á las claras al dia siguiente en la actitud y en los discursos de la Asamblea. «Al abrirse la sesion, — dice un jacobino, — yo me coloqué entre los diputados que hablaban de los medios que podrian emplearse para hacer revocar el decreto. Yo les dije que, habiéndose dado el dia ántes casi por unanimidad, parecia imposible poder contar con una vuelta tan súbita y tan escandalosa de opinion. «Estamos seguros de la mayoría», me respondieron. Entónces me marché de allí y fuí á sentarme en otra parte, donde oí hablar en el mismo sentido. Aburrido de oír respirar á todos de una misma manera, fuí á refugiarme á aquella parte del salon que ha sido por tanto tiempo el santuario del patriotismo; pero allí tambien hallé la misma apostasía que en todas partes, porque todos se habian vendido aquella noche. La prueba de que este trabajo de corrupcion se habia llevado á cabo ántes de deliberar, es que todos los oradores que han hablado en contra de los decretos tenian en la mano sus discursos escritos. ¿De dónde procede esa sorpresa de los patriotas? ¿Los miembros puros de la legislatura no se conocen unos á otros? ¿No se han encontrado ni se han hablado hasta ahora? Cierto es que vosotros les habeis abierto las puertas, y que ellos han entrado aquí para examinar vuestro continente y sondear vuestras fuerzas; pero todavía no se han afiliado, ni han mamado aún, frecuentando vuestro trato y acostumbándose á vuestros discursos, aquella confianza y aquel patriotismo que son la segunda alma de un ciudadano.»

El pueblo, que despues de tantas agitaciones deseaba el descanso, que le faltaba trabajo, dinero y pan, intimidado además por la aproximacion del invierno, vió con indiferencia la tentativa y la retractacion de la Asamblea, y dejó maltratar impunemente á los diputados que habian sostenido los decretos. Goupilleau, Couthon, Basire y Chabot fueron maltratados en el seno mismo de la Asamblea por los oficiales de la guardia nacional. «Andad con cuidado, — les decian aquellos soldados del pueblo ganados por el trono; — nosotros no queremos que la revolucion dé ni un paso más. Ya os conocemos y os seguiremos la pista, y si os descuidais, harémos que probeis nuestras bayonetas.» Los diputados ultrajados, secundados por Barrere, fueron á denunciar aquellas injurias al club de los Jacobinos, pero fuera de aquel recinto nadie se conmovió al oirlas, ni obtuvieron otra cosa que excitar alguna indignacion estéril.

III

Tranquilizado el rey al ver el nuevo giro que iba tomando el espíritu público, se presentó el 7 en la Asamblea. En cuanto entró fué saludado con una nube de aplausos, unos dados al rey, y otros dados en el rey á la Constitucion. Este código inspiraba entónces un fanatismo verdadero á esa masa inerte que juzga de las cosas por las palabras, y que cree imperecedero todo lo que la ley proclama como sa-

grado. No se contentaron sólo con gritar ¡Viva el rey!, sino que añadieron también ¡Viva S. M.! Las aclamaciones de una parte del pueblo vengaban las ofensas de la otra, y hacian revivir aquellos títulos que se habian querido suprimir con un decreto. Hasta se aplaudió la reinstalacion del sillón real al lado del presidente, pareciéndoles á los realistas que aquel sillón era un trono en que la nacion volvia á sentar á la monarquía. El rey habló en pié y descubierto. Su discurso fué el más á propósito para tranquilizar los ánimos y enternecer los corazones. Si no respiraba entusiasmo, dejaba ver al ménos la buena fe del que lo decia. «Para que nuestros trabajos — dijo — produzcan todo el bien que de ellos debe esperarse, es preciso que entre el Cuerpo legislativo y el rey reine una constante armonía y una inalterable confianza. Los enemigos de nuestro reposo trabajarán sin descanso por desunirnos; pero unámonos por amor á la patria, y seamos inseparables en trabajar por los intereses públicos. De este modo el poder obrará sin obstáculo, la administracion no se verá atormentada por vanos temores, y las propiedades y las creencias de cada uno serán protegidas con la más estricta igualdad. A nadie le quedará ya pretexto para vivir léjos de un país en que las leyes estarán en todo su vigor, y en donde todos los derechos serán igualmente respetados.» Esta alusion á los emigrados, y esta llamada indirecta á los hermanos del rey, infundieron una gran alegría en todos los que se hallaban allí presentes, y les hicieron concebir mil halagüeñas esperanzas.

El presidente Pastoret, constitucional moderado, hombre que era grato al rey y al pueblo, porque al conocimiento de las doctrinas del poder reunia la habilidad del diplomático y el lenguaje del hombre constitucional, contestó en estos términos: «Señor, vuestra presencia en medio de nosotros es otro nuevo juramento que prestáis á la patria. Los derechos del pueblo estaban olvidados, y todos los poderes se hallaban confundidos. Ha nacido una nueva Constitucion, y con ella la libertad francesa. Vos debeis quererla como ciudadano, como rey debeis sostenerla y defenderla. Léjos de debilitar vuestro poder, lo asegura y os da por amigos á los que en otros tiempos se llamaban vasallos vuestros. Vos necesitais ser amado de los franceses, segun deciais pocos dias há en este templo de la patria. Nosotros tambien necesitamos ser amados de vos. La Constitucion os ha hecho el primer monarca del mundo; vuestro amor hácia ella colocará á V. M. en el número de los reyes más queridos. Fuertes por nuestra union, experimentaremos bien pronto su saludable influencia. Purificar la legislacion, reanimar el crédito público y comprimir la anarquía, tal es nuestro deber, tales nuestros votos y tales los vuestros, señor. Las bendiciones de los franceses serán nuestra recompensa.»

Los sucesos de este dia volvieron á abrir los corazones del rey y de la reina á la esperanza, porque creyeron haber vuelto á encontrar su pueblo. La revolucion tambien creyó haber encontrado á su rey. Los recuerdos de Varennes parecieron sepultados para siempre en el olvido. La popularidad tomó uno de aquellos giros fugaces, parecidos al soplo benéfico de un viento que purifica la atmósfera por un momento, y que engañó aún á los mismos que habian aprendido á desconfiar de ella. La familia real quiso, no obstante, disfrutar de los goces que este cambio le proporcionaba, ó por mejor decir, quiso que disfrutasen de ellos el Delfín y Madama. Estos dos niños no conocian del pueblo sino su ira, y no habian visto la nacion sino al través de las bayonetas del 6 de Octubre, bajo los harapos, en los